



TREBOR ESCARGOT

LA NOCHE DE LOS MEQUETREFES

PENA Y ASCO EN LA CAMPAÑA 2011

... Sigue leyendo 

**LA NOCHE DE LOS MEQUETREFES
PENA Y ASCO EN LA CAMPAÑA 2011**

TREBOR ESCARGOT



A las nueve de la noche me fumo un cigarro en la puerta del Sant Rémy. Por dentro del restaurante andan Gabi Wiener y Martín Caparrós, a quien le acaban de conceder el Heralde de Novela. Estamos aquí por ese motivo. Hay más gente, claro, poco a poco se disponen a abandonar el lugar para continuar la fiesta en otra parte, fijo que hasta altas horas de la noche. Yo me fumaré este cigarro y me iré a casa. Me conozco y sé que no puedo confiar en quienes me dicen venga nos tomamos una copa y ya está, una nada más. Sé que si voy al Giardinetto o al Manchester o a cualquiera de las opciones que se barajan no será sólo una copa. Mañana a las diez tengo que dar una clase de tres horas. Así que me iré a casa. Y sí, hay muchas más personas pero sólo he nombrado a dos. ¿Por qué? Porque las dos tienen que ver con este texto que aquí echa a andar. (Ahora me doy cuenta de que igual pensáis que el título va por ellos, pero no, tened paciencia, en un par de páginas comprobaréis que no es así.) Los he nombrado porque Wiener se ha inventado este libro y Caparrós también escribe un texto.

Hace dos días, en un bar de Gracia con las sillas muy pequeñas donde Martín Caparrós, allí abajo sentado, parecía un gigante, hablábamos del proyecto: cómo afrontar esto de escribir un texto gonzo. A mí me han invitado porque escribí *El Dorado* jugando a este juego. Claro, aquello era una novela, un texto de ficción; jugando con el género del periodismo gonzo, cierto; fascinado por la agresividad política que manejaba Hunter S. Thompson en sus trabajos periodísticos, cierto; con un montón de datos reales, cierto; pero luego ya nunca volví a trabajar en este territorio, o casi nunca, como sí han hecho otros muchos periodistas y escritores. Caparrós me decía que tampoco lo tenía muy claro. A él lo han invitado porque maneja todas las posibilidades de la crónica, incluida la que aquí nos ha traído. El caso es que no le dimos muchas más vueltas, la verdad, luego él me habló de un restaurante que hay junto a la cancha del Boca donde los dueños deciden lo que comes y comes muy bien, yo le conté que el Raval y Gracia no están tan cerca como parece y de Gracia apenas conozco los sitios más evidentes, nos tomamos unas cervezas, y ya está.

Lo cierto es que yo siempre he fantaseado con la idea de volver a jugar con Hunter S. Thompson y cubrir una campaña electoral, como en *Fear and Loathing on the Campaign Trail '72*, una recopilación de artículos que documenta el trabajo de

Thompson tras los pasos de los dos candidatos en la campaña presidencial de 1972, McGovern y Nixon. Aunque sobre todo sigue a McGovern, el candidato demócrata que perderá las elecciones, aquello es básicamente el enfrentamiento de Thompson con Nixon, pues allí la cuestión se plantea desde el comienzo en términos de estrategia militar, de acoso y derribo, de una lucha descarnada en la que Thompson, que ha vivido a fondo los años sesenta y conoce muy bien al señor Richard, sabe que tiene una responsabilidad, un deber que cumplir, una misión: joder a Nixon (“Esta vez, el Cerdo se dispone a hacer un ensayo serio. Cuatro años más de Nixon significan cuatro años más de John Mitchell... y otros cuatro años de Mitchell significan otra década o más de fascismo burocrático”). Gabi me sugirió que lo hiciese para este libro. Pero aquí en España todo está muy cerca y no existen aquellas caravanas con decenas de periodistas siguiendo durante semanas las tropelías de un candidato. Da igual, me dice Gabi, hazlo a la española, ya se te ocurrirá algo. Y yo lo pienso, aquí en la puerta del Sant Rémy, mientras me fumo este cigarro. Hasta que, sin sacar nada en claro, decido marcharme. El Giardinetto y el Manchester están peligrosamente más cerca a cada minuto que pasa. Así que llego a casa y me pongo la tele. ¿Y qué es lo que me encuentro? No me acordaba pero ahí están... Aunque miento, sí que me acordaba, lo que pasa es que imaginaba que iba a ser una bobada y no le había dado mayor importancia. El tema es que aquí estoy, y en la tele hay dos señores con barba y un señor con bigote. Al principio el plató me confunde, dudo si es la nave de *2001 Una odisea del espacio*, pero no, me fijo bien y no hay duda, es el debate entre dos de los candidatos a la presidencia del gobierno, los que van delante en la clasificación. Hoy es lunes 7 de noviembre. Abro una botella de vino, me echo en el sofá, y cuatro horas más tarde, tras tragarme el debate enterito y estupefacto, y asistir con mayor asombro si cabe a las reacciones posteriores al mismo, tomo la decisión de escribir este texto. No será periodismo gonzo, pues periodismo gonzo es lo que hacía Hunter S. Thompson y esto que voy a escribir yo no es lo que escribía Hunter S. Thompson. Pero de algún modo es mi respuesta, desde el periodismo gonzo o desde el periodismo punk con el que jugué en *El Dorado*, a la situación política y periodística que nos ha tocado vivir. O una forma de buscar esa respuesta. O un modo de manejar mi tristeza. O todo a la vez, no lo tengo muy claro. El caso es que lo primero que me viene a la mente es el título:

LA NOCHE DE LOS MEQUETREFES

PENA Y ASCO EN LA CAMPAÑA 2011

A ver, por dónde empezamos. Un “ajustado” presupuesto de 550.000 euros para la realización de un debate en el Palacio Municipal de Congresos de Madrid. Un set de rodaje que parece el interior de una nave espacial en una película de los setenta. Dos señores con barba y un señor con bigote. Una steadycam para filmar la entrada de los tres en el escenario espacial, una cámara para el plano general, tres para un plano medio de cada uno de los señores, y dos para un primer plano de cada uno de los señores con barba. 21 grados Celsius de temperatura constante. Un cronómetro como único juez. ¿Hay un equipo de periodistas de Radio Televisión Española para armar un buen corpus de preguntas a través de las cuáles podamos conocer las intenciones de los dos señores con barba si les toca ser presidente del gobierno? No, pero hay un director artístico que se llama Paco Bello. ¿Hay un equipo de periodistas independientes con derecho a hacer sus propias preguntas con sus propios fines y el de sus lectores? No, pero hay un director de iluminación que se llama Jacinto García. Eso sí, en el exterior, a la intemperie, junto a la puerta principal, se ha dispuesto una grada para meter allí a los periodistas y que de este modo tengan la democrática posibilidad de desgañitarse con el fin de conseguir un saludo o un “todo ha ido muy bien” o un “hemos ganado” o un “y eso que parecía nublado” que entrecomillar en sus crónicas. ¿Es la Gala de los Goya?, ¿el estreno de la última obra de Concha Velasco? No, señoras y señores, es un debate político, Alfredo Pérez Rubalcaba, Mariano Rajoy Brey y Manuel Campo Vidal se disponen a salir a escena: estamos en España, esto es el siglo XXI.

Nadie dice que los mítines políticos en campaña electoral deban desaparecer. Son un gracioso vestigio folclórico que merece cuanto menos el mismo respeto que las danzas regionales o la lagartija colirroja. No debemos permitir que se extingan, qué diría eso de nosotros como pueblo. Los mítines nos hablan de otra época, de unos tiempos en que ese era el modo más eficaz que tenía el ciudadano para acceder “en directo” (la prensa escrita siempre cubrió las necesidades de información “en diferido”) a las ideas políticas de los candidatos. Pero seamos serios. Los pasos que ejecutan los danzantes de Jota,

dentro de su riqueza y variedad, son previsibles. No hay información en esos pasos ritmados, hay belleza, hay tradición, lo que quieras, pero no hay información. La redundancia es la base de cualquier danza regional. También la lagartija colirroja se comporta de un modo más bien previsible, corretea sobre la arena levantando la colita, come, se aparea, esas cosas. No hay información en su gracioso excavar la arena en busca de refugio. La redundancia es la base de la supervivencia de una especie. Lo mismo sucede con un político en el ejercicio de un mitin. Hace chistes, chascarrillos, se deja querer, lanza consignas de siete palabras y recibe aplausos de siete minutos; son sus fieles, buscan la catarsis colectiva banderita en mano y al son de la música ambiental: que vas a votarlo, acudes, que no vas a votarlo, no acudes. La decisión está tomada de antemano, no hay información en estos mítines, ni siquiera durante los quince segundos de conexión en directo de una u otra televisión, momento en que el candidato abandona todo lo que tuviera entre manos para buscar la tarjeta que le han marcado con una equis roja y leer su contenido y hacer los gestos que ha estado ensayando ante el espejo, para mostrar seguridad, confianza, para transmitir firmeza y convicción. La redundancia, de nuevo, es la base de este espectáculo. Yo aconsejo mucho acudir a un mitin de vez en cuando. Es reconfortante, te sientes inteligente, y a veces dan Fanta y Coca-Cola.

Pero la ciencia avanza que es una barbaridad, como dice Don Hilarión en *La verbena de la Paloma*, y un día, entre regocijo y alborozo, llegó la televisión. Enseguida se vio muy claro que aquel era un invento cojonudo para poner a disposición del ciudadano las ideas de los políticos. Ya no habría que esperar a que el político acudiese a tu pueblo, ciudad o villa, ni arriesgarse a que nunca fuese o se presentase otro distinto o cayese un chaparrón. Pero claro, surgió otro problema, y es que si los dejas a su aire los políticos dicen y hacen lo que les viene en gana, son así, y otra vez estamos en el mitin, con las consignas apuntadas en papeles. Hasta que a alguien se le ocurrió, claro, ¡ya lo tengo!: ponemos también a un periodista, y así es él quien hace las preguntas, pide las aclaraciones y ordena la información. Fue una ocurrencia fantástica. De ese modo, el político debería hacerse cargo de sus palabras y atender a otras cuestiones que no aparecían en sus tarjetas. Se vería obligado a asumir su responsabilidad.

Responsabilidad, qué palabra tan delicada, frágil como el cristal, llena de sílabas y dificultades, de requiebros y arabescos. Así es, triste pero cierto: los ciudadanos no tenemos la más mínima posibilidad de establecer un contacto real con ninguno de esos

dos hombres con barba que ahora mismo toman asiento a los mandos de la nave de 2001, con el pelo teñido (Alfredo: Grecian2000-Oscuro; Mariano: Grecian2000-Rojizo), la sonrisa de oreja a oreja, y un señor con bigote en el medio que les dice “El debate es suyo, ustedes son los únicos protagonistas”. Tradicionalmente, esta distancia entre el político y el ciudadano se ha venido salvando a través de la figura del periodista. De ahí que el periodismo reciba el nombre extraoficial de Cuarto Poder. Ante un encuentro entre los dos líderes con mayores posibilidades de llevarse al agua el gato presidencial, el periodismo es el único contacto del ciudadano con el poder político. El poder, se dice, emana del pueblo, de los ciudadanos, y en este contexto, el periodismo es la única institución capaz de regular esta vaga “emanación”. En consecuencia, la responsabilidad del periodista es enorme, y uno de los medios a través de los que está llamado a ejercer esta responsabilidad es obligando a los políticos a asumir la suya, la que los une a sus palabras y los compromete con sus actos. Parece complicado pero es muy sencillo. Las armas del periodista, las herramientas de las que dispone para cumplir esta función decisiva, consisten en plantearles a esos dos señores de la barba las preguntas apropiadas y cuidar de que estas cuestiones reciban una respuesta adecuada. Poner las cuestiones pertinentes en el momento preciso. Interpelar con rigor a las personas que deben responderlas, para que luego, en caso de incumplimiento, quede claro que el señor de la barba ha mentado. Para que luego, en caso de cumplimiento, quede claro que el señor de la barba es una persona de fiar. Para que luego, cuando estemos ante la urna, tengamos los datos necesarios y podamos decidir cuál de todos los señores que se han propuesto ser presidente del gobierno preferimos que nos tome el pelo. Si el periodista no asume esta responsabilidad (“El debate es suyo, ustedes son los únicos protagonistas”, no sería el modo más firme de hacerlo; hay un protagonista ausente, de mucha mayor importancia, que es el ciudadano, y a ese lo representas tú, don gentil), si el periodista no obliga al político a asumir su propia responsabilidad, el periodista está faltando a su deber para con el ciudadano. Está rompiendo el único vínculo que une al ciudadano con el señor de la barba que tomará las decisiones por él durante la friolera de cuatro años. Está dejando al ciudadano indefenso. Está rompiendo en mil pedazos esa palabra delicada y dificultosa, frágil como el cristal. Son las diez y poco de la noche y ahora todavía no puedo saberlo, aquí en mi sofá, delante de la tele, lleno de ilusión y esperanza democrática mientras escucho el speech inicial de estos dos elementos... pero el señor del bigote (venga va, voy a desvelarlo, redoble de tambores: él será el periodista), no ha permitido que ese cristal

quebradizo corra el menor peligro... simplemente lo ha hecho desaparecer, sin más, como un prestidigitador. Enseguida volvemos al principio y asistimos a este grácil espectáculo, ingrávito y liviano como una pluma abandonada al albur de la ventisca, pero dejadme introducir un flashforward para destripar una parte del final. Así es, el debate se ha planteado entre dos señores que no se han visto obligados a asumir ninguna responsabilidad. Cada uno ha dicho lo que mejor le parecía o aquello que le han escrito en un montón de papeles. En la mesa había dos señores con barba y un señor con bigote, pero muy bien podría haber habido dos señores con barba y un bonsái. En la mesa había dos señores con barba y un señor con bigote, pero muy bien podría haber habido dos señores con barba y un jarrón chino esmaltado. La función que hubiesen cumplido un bonsái o un jarrón chino esmaltado en relación a su responsabilidad para con el ciudadano hubiese sido exactamente la misma.

¡Espera!, dice la voz del coro. ¿Acaso es tan grave? ¿Por qué debería serlo? Si el debate de hoy no funciona, si el señor del bigote ha decidido ejercer su cometido desde los protocolos de la Escuela Periodística del Ficus Benjamina (EPFB; esta escuela propugna la realización de la fotosíntesis como suprema estrategia periodística), siempre podemos esperar al siguiente debate. ¡El autor exagera!, ¡el autor es un apocalíptico!, ¡los ciudadanos estamos a salvo!, grita la voz del coro.

Pero no es tan sencillo. Aquí hay un pequeño malentendido que ha hecho fortuna y ha confundido la natural jerarquía. El poder es de los ciudadanos, pero los ciudadanos (por lo que sea, no vamos a entrar ahora en eso) hemos delegado su ejercicio en los políticos. Así pues, los que mandan son los ciudadanos y los políticos trabajan para ellos, por eso se les asigna un sueldo, unas dietas, un iPad, y se les permite meter la mano en la caja si lo hacen con cierta discreción. La cadena de mando no puede ser más sencilla. Antes decía que el debate en televisión conducido por un periodista sería un modo muy efectivo para conseguir que nuestros empleados los políticos asumiesen sus responsabilidades. Ya que ha salido tan cara, en esta Nave Espacial del Debate Político podríamos meter a estos dos señores con barba, pero también al resto de fuerzas políticas, juntos y por separado, al primero de cada pandilla pero también al segundo y así hasta el último, al que quiere ser presidente pero también al que aspira a ministro, al de Economía pero también al de Exteriores, hoy pero también mañana. Tenemos todo lo necesario, una televisión pública donde celebrar los encuentros y una cadena de mando que nos permite disponer que nuestros empleados acudan tal día a tal hora para hablar

de tal tema. Se les manda un mail, o se marca el número del smartphone de su director de campaña, y listos. Y nosotros ante la tele, como aquí yo ahora, informándonos todo el rato, diciendo ay mira, eso no lo había pensado, no sabía que estos proponían esto o aquello; o ay mira, yo pensaba que a eso sabría contestar, pero no. Entonces, ¿cuántos debates nos conviene a los ciudadanos que se celebren? Parece evidente que cuantos más mejor. De ese modo, aquello que no dijese hoy tendrían la oportunidad de decirlo mañana martes, lo que no dejase claro mañana martes, el miércoles, y así hasta el 20N. La cosa no puede ser más sencilla. Lo que pasa es que en algún momento, y eso ha sido culpa nuestra, les hemos dejado que crean lo contrario, no sólo eso: que inviertan la cadena de mando. Ahora resulta que nuestros empleados deciden si quieren o no quieren tomar parte en un debate, y nosotros nos quedamos aquí, tan panchos. Es como si el sargento le pidiese permiso al cabo para ir a la cantina, como si el encargado fuese a preguntarle al peón si puede ir a mear. Ahora resulta que nosotros tenemos que pedirles a los políticos si tienen a bien hacer un debate... y ellos va y deciden quién participará, deciden que cambiarán al periodista por un jarrón chino esmaltado, deciden las cosas de las que hablarán y aquellas que ni siquiera mencionarán, deciden que aunque su oponente les haga una pregunta ellos saldrán por peteneras, deciden la hora y la posición de las cámaras y la altura de las sillas y el tipo de plano y la estructura de la narración y la temperatura del plató y que no habrá periodistas pero sí un director artístico y nosotros aquí, tan panchos.

En consecuencia, este debate sí es tan importante, señores del coro. Sí, porque será el único. Sí, porque es la sola oportunidad que tendrá el ciudadano para ver cómo los señores de la barba confrontan sus ideas, más allá del monólogo de los folclóricos mítines, los poemas en prosa que nos mandan por correo postal a cargo del erario público, los pósteres con su jeta pegados en las paredes y los youtubes que nos disparan a discreción, pongas la cadena que pongas, durante quince días seguidos. Veámoslo pues. Dos barbas y un bigote.

La sensación general es que estoy viendo un programa de los primeros ochenta: la rigidez del formato (al parecer, los asesores de los señores con barba han llegado al absurdo de consensuar hasta los planos de cámara que pueden hacerse, con las seis versiones antes apuntadas como única posibilidad, y el realizador atado de pies y manos), el respeto reverencial del periodista a los candidatos (como si esta fuese, ¡ay!, la primera vez; como si acabásemos de estrenar la democracia y hubiese que ir con

sumo cuidado), la extraña modernidad *démode* a la que apunta la estética del set de rodaje, todo me retrotrae a otra época. Pero no, transcurrida media hora de programa me doy cuenta de que no, de hecho, tal como habré de confirmar más tarde, se ha incorporado con mucha solvencia un modelo de periodismo muy actual, el de la prensa rosa de sobremesa. Minuto 31:

.

Grecian2000-Rojizo: Eso es el modelo austriaco...

Grecian2000-Oscuro: No, pero el modelo austriaco...

Grecian2000-Rojizo: Eso es el...

Grecian2000-Oscuro: No tiene nada que ver con el modelo...

Grecian2000-Rojizo: Sí, ¿cómo no va a tener...?

Grecian2000-Oscuro: No, señor Rajoy, no está...

Grecian2000-Rojizo: Sí, sí, sí...

Grecian2000-Oscuro: No está metido el...

Grecian2000-Rojizo: Tiene que ver con el desempleo...

Grecian2000-Oscuro: No, señor Rajoy...

Grecian2000-Rojizo: Se lo he dicho en muchas ocasiones...

Grecian2000-Oscuro: Que no, señor Rajoy...

Grecian2000-Rojizo: Yo creo que sí...

Grecian2000-Oscuro: Esto tiene que ver con otra cosa...

Grecian2000-Rojizo: Deberían explicar...

Grecian2000-Oscuro: Esto es otra cosa...

Grecian2000-Rojizo: Explicarle mejor las cosas...

Grecian2000-Oscuro: No tiene que ver con el desempleo...

Grecian2000-Rojizo: Es que al final...

El trabajo del señor del bigote es impecable: “Tiempo para el señor Rubalcaba”, “Tiempo para el señor Rajoy”, “Estamos entrando en el último turno y este bloque hemos quedado que lo cerraría él; así que le toca a usted, señor Rubalcaba, tiene siete minutos, y tres el señor Rajoy”, ese manejo del cronómetro, ese temple, ese *savoir faire*. El presentador de *Sábado Noche* (José Luis Moreno, Ramón García, quien quiera que esté ahora, hace tiempo que no lo veo, ay de mí) no lo hubiese hecho mejor. La verdad es que no vale la pena seguir, es todo el rato lo mismo, la misma intensidad, la misma mordacidad, el mismo nivel de sorpresa y riesgo intelectual. Rubalcaba es un hombre más despierto que Rajoy, eso no creo que lo discutan ni siquiera los asesores del segundo, pero todo lo que se propone solucionar viene de una época en la que él ya mandaba, y a semejante detalle, sin que deba ser decisivo, es muy complicado sobreponerse. Además, ha cometido el error imperdonable de tratar a su oponente de presidente del gobierno (“Yo le digo lo que va a pasar, usted va a cambiar el sistema de prestaciones por desempleo”), y se ha entretenido en numerosos argumentos que tenían una base sólida pero un alcance muy limitado. La impresión general ha sido de pusilanimidad. Rajoy, por su parte, ha leído con suma corrección (lo cual está muy bien, hace unos meses en un plató de televisión no consiguió descifrar su propia letra: “Eh... eh... mmm... me ha pasado una cosa verdaderamente notable... que lo he escrito aquí y no entiendo mi letra”), y apartando además, durante largos segundos, la vista de sus papeles, Rajoy ha leído, decía, todo aquello que han tenido a bien escribirle sus asesores. No ha entrado al trapo de su oponente ni una sola vez (el diario *The Guardian*, el viernes que viene, lo definirá con cierta generosidad como un maestro de la ambigüedad), y ese permanecer en silencio le ha permitido conservar la virtual distancia que ya traía en la mochila. La impresión general ha sido de pusilanimidad.

Un lujo, vaya.

No sé cuántos seremos los que ahora miramos la tele, pero seguro que un montón. En España, si sumamos a todos los que no votan, y a todos los que votan a partidos distintos a PSOE y PP, nos salen muchos más ciudadanos de los que se ven

representados en esas dos barbas que ahora abandonan el plató. Ok, por razones equis se ha decidido que sólo participarán los candidatos de los partidos mayoritarios. Pero, ya que a los otros se les niega esta inmensa palestra (se les invitará otro día, eso es cierto, pero hoy es “El Gran Debate” (sic.) de los candidatos, no otro día), ¿no estaría bien, no tendría su poquito de justicia, que ahora de un modo u otro la televisión pública le diese la palabra al resto de fuerzas políticas? Hay varios formatos para hacer algo así, entrevistas personales, derecho a réplica, cualquier cosa. Por no hablar de la participación ciudadana. La gente, en la calle, durante los últimos meses, ha demostrado sobradamente que sin estructura alguna es capaz de articular un discurso político, si no un discurso homogéneo, sí algo que en este caso concreto es mucho más valioso: dudas, preguntas, críticas, demandas, opiniones, enmiendas, propuestas. ¿En serio quieren que nos creamos que, en el año 2011, no hay forma de articular estas voces para que ocupen un lugar, aunque no se un lugar principal, en el espacio político? ¿Es esa la importancia que el periodismo televisivo le concede al ciudadano de a pie? El Twitter, por poner un ejemplo, ahora mismo está ardiendo, hay centenares de personas dando su opinión a tiempo real en #eldebate o #ReiniciaElDebate (sin contar a los del equipo de Rajoy, que han creado su propio hashtag, #rajoygana, y lo twitteen sin parar para hacernos creer que ha surgido por iniciativa popular; seguro que mientras lo planeaban han empleado palabras como “mola”, o incluso “mola mazo”). ¿De verdad vale más la pena sacar otra vez a los mismos tertulianos de siempre, para que digan lo que dicen siempre, apoyando al partido al que apoyan siempre, defendiendo al periódico al que defienden siempre, con los argumentos que arguyen siempre levemente acicalados ad hoc con el atrezzo discursivo de la pantomima que acabamos de ver? ¿Esto va a ser así toda la vida? Porque lo que viene ahora es de aúpa.

A pie de calle, después del debate, han puesto a la pobre Pepa Bueno a que capte el ambiente o algo así, no lo tengo muy claro, como en los programas que cubren espectáculos... con la salvedad de que no hay ambiente pues un potente precinto policial se ha encargado de evitar que los ciudadanos puedan acercarse lo más mínimo a este Palacio Municipal de Congresos de Madrid a decir lo que piensan; o peor aún, imaginad que se presentan los de Anonymus (uy uy uuuuuuuuy), con sus máscaras blancas (madre mñiiiiiaaaaaaa), a decir que esto es un circo (!!!!!!!...).

Lo del señor del bigote ha sido muy triste, la verdad, dime tú si no podían haber escogido a Ana Pastor (que es de la casa), o a Vicente Vallés (que fue de la casa) o a

Nacho Escolar (que no es de la casa), o a algún otro periodista competente, que haberlos haylos. Pero a fin de cuentas, el señor del bigote ya no es periodista, ahora es académico (de la Academia de las Artes y las Ciencias de Televisión) y presidente (de la Academia de las Artes y las Ciencias de Televisión). Y el debate no lo ha montado él solito, la culpa no es sólo suya. Lo más triste es que este proceder, este coqueteo con el vacío, este aceptar cualquier cosa, esta servidumbre del periodista, es inmediatamente refrendada por el resto del periodismo televisivo que cubre y comenta la gala las dos horas siguientes en todas las cadenas. Las mesas redondas que tienen lugar a continuación legitiman esta chorrada a la que acabamos de asistir como un “debate” (niños y niñas que por la noche veis la tele a escondidas, no os lo creáis, algún día descubriréis que un debate es otra cosa), y le confieren un nuevo significado a la palabra “pluralismo”, a través de unas loas a las transparencia democrática que en poco tiempo avergonzarán a sus nietecitos... que si los dos llevaban corbata azul, que si este se ha mostrado más “proactivo” (la palabra viene en los diccionarios de marketing, ahora es de bien nacido utilizarla sin que importe de lo que estés hablando), que si una fiesta del sistema representativo... Enseguida hay ruedas de prensa o entrevistas con los directores de campaña, demostrando que entre un pote de fabada y un candidato hay una distancia relativa, lo importante es vender el producto; conexiones en directo en las sedes de los partidos de los dos señores de la barba, donde como era de esperar no hay diferencia entre la llegada de uno y otro, los dos entre aplausos y vítores, contentos de haber ganado... y el plato fuerte de la noche: ¿un análisis?, ¿un pasarle la palabra a otros actores políticos?... No, ¡una foto!, nada menos.

¡Un pedazo de foto!

Más de quince minutos de televisión esperando la llegada de los protagonistas para tomarse una foto de familia con los académicos de la televisión. Imagino que para dejar constancia de una fecha crucial en el devenir del periodismo patrio. Todo, en su conjunto, es como la retransmisión de la boda de Letizia y su marido, que si un posado, que si vamos-a-ver-ya-llegan-ya-llegan-ay-no-era-una-falsa-alarma, que si una frase cazada al vuelo. Porque así es, señoras y señores, hay 650 periodistas acreditados, y uno de ellos (muchos son los llamados pero pocos los elegidos) está a punto de llegar a su objetivo: sale el segundo señor de barba, por fin un periodista que no venía en el menú logra acercarse al candidato y hacerle una pregunta... ya era hora de salirse del guión...

vamos a ver... sí, ahí lo tenemos (¿qué le preguntará?, ¿qué le preguntará?, estoy nervioso; lo copio aparte):

“¿Qué impresión tiene del debate, señor Rubalcaba?”

... voy a servirme otra copa de vino.

“¿Qué impresión tiene del debate, señor Rubalcaba?”

...

Periodismo de investigación, sí señor, cuatro o cinco años de carrera, quién sabe si algún master, los padres currando toda la vida para que el niño estudie, y ahí lo tenemos, aprovechando su oportunidad, dando donde más duele: “¿Qué impresión tiene del debate, señor Rubalcaba?”.

Claro, hay que tener en cuenta que, a fecha de hoy, muchos de nuestros empleados de la política (presidentes de partido, de comunidad autónoma, políticos rasos) se permiten el lujo de no responder a las preguntas de los periodistas. No sólo eso, los más vanguardistas se dan el gustazo de convocar ruedas de prensa para leer el papel que le han escrito y luego tampoco responden. Lllaman a los periodistas y luego los mandan a casa. Sistemáticamente. Y nosotros, tan panchos. Si es que tenemos lo que nos hemos ido ganando. Hay que tener en cuenta que vivimos un momento en que un periodista que no es periodista y que además viene del mundo de la comedia, Jordi Évole, asume en muchas ocasiones retos periodísticos que el periodismo tradicional e institucional ni siquiera se plantea afrontar (fin del trabalenguas). No debería sorprendernos este nivel, el hecho de que un acto político de esta trascendencia se organice con semejante desprecio por el ciudadano, y el hecho de que muchos periodistas den su visto bueno. Hemos ido bajando el nivel, y llega un momento en que sólo queda pisarlo. Si los periodistas que han actuado en la tele durante estas últimas horas querían desmovilizar al electorado (estoy seguro de que no es así, pero un análisis frío contemplaría la posibilidad), creo que lo han conseguido.

No alcanzo a adivinar el por qué de tanto vacío. El plató, vacío; el diálogo, vacío; el periodismo que ha rodeado esta noche al debate, vacío. Igual es porque, como aquí quien manda es Merkel, los próximos años no necesitamos más que a un ama de llaves,

y para hacerle el casting a un ama de llaves tampoco hace falta armar mucho lío. Basta con 550.000 euros.

A ver, Gabi, sobre lo nuestro. ¿Cómo planteamos esto de cubrir las elecciones para tu libro? Me gustaría sentir asco, rabia, ganas de enfrentarme a algo, pero no me llega más que para la pena. Estoy triste. Mira, déjame que te copie aquí el artículo que publica hoy un colega y lo entenderás mejor:

HEY JOE, POR ÓSCAR GUAL

Hoy nos toca hablar de agallas. De sacrificio. De encajar golpes y devolverlos. De valientes que se comprometen por algo y ya no miran atrás. Por eso los monos [la columna se supone que la firman unos Fabulosos Monos Marinos] no hablaremos del debate entre la rana Gustavo y el Monstruo de las Galletas, aunque dos días después sigamos sin entender muy bien el motivo por el cual el plató donde se celebró el debate parecía el centro de mando de la nave Enterprise. No entendemos a qué vienen esos platós futuristas, queremos saber a quién narices se le ocurren semejantes platós. Hubiesen podido reutilizar el plató de Barrio Sésamo y ahorrar un poco. No importa, pues ese mismo lunes murió Joe Frazier.

A finales de los sesenta y principios de los setenta, los pesos pesados vivieron su última época dorada, con permiso del Tyson de los ochenta. Durante los años en los que coincidieron en el ring Muhammad Alí, Ken Norton, George Foreman, Larry Holmes y Joe Frazier, se disputaron varios combates del siglo. Frazier fue el primer hombre que derrotó al intocable Muhammad Alí en un cuadrilátero, hablamos posiblemente de la rivalidad más salvaje de la historia del deporte. Después Frazier perdió la revancha pero aún hubo un tercer y definitivo combate. Esa tercera pelea tuvo lugar en una sofocante Manila y ambos llegaban ya en el declive de sus carreras. Tras catorce asaltos brutales y antes de saltar al último, el entrenador de Frazier decidió tirar la toalla sin su consentimiento porque se estaba quedando literalmente ciego. No veía nada. Antes de rendirse le dijo: “Nadie olvidará jamás lo que has hecho esta noche, Joe”. Pero lo que convierte este combate en uno de los relatos más épicos de la historia del deporte, y tal vez de la

historia en general, es que al mismo tiempo y en el rincón opuesto, un destrozado Alí le pedía a su entrenador que le quitase los guantes, que no quería regresar a ese ring porque tenía el presentimiento de que si lo hacía iba a morir allí arriba. Entonces la toalla voló desde la otra esquina y todo terminó. Alí ni siquiera pudo levantarse para celebrarlo.

A Joe Smokin Frazier le ha tocado vivir el resto de su vida con la corrosiva duda de lo que hubiese ocurrido si su entrenador no llega a arrojar la toalla. Quizá se hubiese quedado ciego, sí, pero un ciego ganador del combate. De aquellos dos hombres que se enfrentaron en el límite que separa la vida y la muerte, uno de ellos, Alí, ha envejecido con honores de campeón, a pesar del mal de Parkinson que sufre se convirtió en una estrella mediática y su rostro sigue siendo rentable y popular. En cambio, el otro protagonista de aquellas peleas, porque para que se dé una gran pelea se necesitan dos grandes púgiles (ya hemos dicho que no hablábamos del debate de los señores con barba, ¿verdad?), Frazier ha vivido desde entonces carcomiéndose por una realidad que no pasó en una pelea en la que, insistía a todo quien se lo preguntase, Alí no lo derrotó. Al apagarse las luces fue olvidado, y acabó sus últimos años viviendo en una habitación alquilada encima de un gimnasio donde entrenaba a boxeadores de segunda fila. Y pensando a todas horas en aquella maldita toalla que voló en Manila.

Por última vez, cualquier relación de este texto con el debate del lunes es simple y llana casualidad. En serio.

(Fin de este artículo, publicado en el diario *Levante* el 09/11/2011.)

Pues eso, Gabi, que a mí me hacía ilusión escribirte el report que me pedías, lanzarme a la carretera y hale, a seguir al político en cuestión. Pero hemos comentado mil veces que esto del gonzo tiene mucho que ver con meter el cuerpo por delante. Para meter el cuerpo hace falta un aliciente, algún reto, algo a lo que aspirar o enfrentarse, y yo ¿qué quieres que te diga?, no es que necesite a un Joe Frazier o a un Muhammad Alí para arrojarme de cabeza a uno de estos líos, me basta con un Poli Díaz. Pero claro, con la rana Gustavo y el Monstruo de las Galletas... no te lo tomes a mal, Gabi, pero además del cuerpo, tal como yo lo veo, el gonzo tiene una cierta relación con la épica. Claro, ahí

está la tradición literaria española, me dirás, podríamos tirar del esperpento. No sé, igual por ahí podría funcionar, pero no es la idea que yo tenía, y visto lo visto... es que no hay forma. Eso quiere decir que voy a quedarme aquí, sentado en el sofá, hoy miércoles (porque esa es la magia del texto, hace unas páginas era lunes y ahora resulta que ya es miércoles), a unos minutos de que empiece un debate en los Estudios Buñuel con las fuerzas políticas a las que no dejaron jugar con los mayores. Pero ya he tenido bastante, creo que voy a cambiar de canal. ¿Sabes qué?, el lunes me tenía que haber ido al Manchester.

Sala de estar de mi casa,

Barcelona, 9 de noviembre de 2011

Trebor Escargot es periodista (punkjournalism.net).

